

TAPATÍO

No. 17

Ana Luisa Rébora

Con la sangre en
el óleo y la vida
en el lienzo

Fernando Sandoval
acabó en la casa de
Gustavo Cerati,
y ¡qué fiesta!

A 40 años de la tragedia, el
CAIC honra a los suyos

La llegada del tenis a
Guadalajara en los años veinte

EL INFORMADOR
DIARIO INDEPENDIENTE

02 febrero.2008

El personaje: una artista que se lo propuso y lo logró

Ana Luisa Rébora y los fríos misterios de la pintura

por: eduardo sánchez
fotos: alonso camacho

Si cierto día a alguien se le ocurriera prohibirle los pinceles, sencillamente se arrojaría por la ventana. Y cualquier ventanal podría servirle para mitigar el dolor y la desesperación que le ocasionaría tan terrible veto: lo mismo le sería útil la ventana opacada por el polvo de su departamento en Guadalajara, que la que da al bosque y a los fiordos de su casa en Noruega, o las del sitio donde se encuentre exponiendo o visitando galerías; la tragedia para ella sería la misma aquí o en China.

Y es que no en balde la apodan “La gitana”, pues anda de un lugar a otro, pero siempre haciendo y dedicándose enteramente a lo que más le gusta y por lo que muchos la conocen: pintar soledades, temores, tragedias, emociones, alegrías y toda una pléyade de sentimientos que brotan de su alma y pasan por el pincel hasta llegar al lienzo.

Para fortuna de ella, de los que la admiran y de todos los que tienen un primer contacto con “La gitana anti-tecnología/anti-moda”, o ya sea con su obra, no faltaría quién la proveyese del material necesario para que siguiera trabajando. Por lo menos los escandinavos hasta le pagarían para que continuara con su labor.

Ahora está en Guadalajara y dice que, aunque parezca ridículo, tiene frío. El departamento de la colonia Providencia mantiene muchos de los objetos que dejara antes de irse a vivir a Europa (muebles, recámara, comedor), pero le hace falta ese aire de habitabilidad que deben tener los hogares. “Ya ni siquiera me baño aquí porque de la regadera no

salen más que tres gotas cada media hora”, confiesa.

Lo curioso es que la habitación más viva del lugar es la que está llena de misterio: el estudio. Ha logrado crear en este tiempo 10 piezas que no han sido bautizadas, pues “pinto demasiado y ya les he puesto nombres de todo tipo a mis cuadros”.

Desde que regresó a la ciudad, el pasado 26 de noviembre, Ana Luisa Rébora (Guadalajara, Jalisco, 1962) se ha dedicado a recorrer los sitios por los que anteriormente andaba, a comer tortas ahogadas, menudo, pozole –“aquí se me quita lo vegetariana y me convierto en carnívora”-; a frecuentar a todos los que no ve desde hace tiempo; a enojarse porque Guadalajara cada día está más llena de basura, de autos, de corruptos... Pero en especial, se dedica a trabajar.

Los primeros días fueron de vacaciones enteras y después alguien le propuso que pintara para que montara una exposición antes de regresar a Noruega (1 de marzo), el país donde actualmente vive y del que dice estar terriblemente prendada, al lado de su paciente y eterno enamorado, su marido Freddy Ruud. “Por los tiempos tan cortos, no sé si vaya a alcanzar a hacerse la muestra, pero aunque no me lo hubieran propuesto, habría pintado de cualquier manera”.

Familia de artistas

Desde pequeña empezó a pintar y reconoce que no era precisamente muy aplicada en la escuela. Sin embargo,

“muy en el fondo me gustaba –cuenta con respecto a su relación con los estudios-. Pero siempre pintaba; eso era lo mío. Por fortuna, cuando era chica ya existían Krapellin, Cornelio García, Basurto y ellos eran mi banda. Yo era como su musa”. Tuvo la oportunidad de involucrarse con varios artistas locales muy pronto.

Ana Luisa es la primera de cuatro hermanos –Roberto, Cecilia y Álvaro-, todos hijos de Roberto Rébora y María Luisa Gómez y todos con la vena artística desarrollada de más: ella y el hermano que le sigue, pintores; la otra mujer, ilustradora de cuentos infantiles; y el restante, grabador de madera.

A tan temprana edad comenzó a pintar y el primer reconocimiento a su trabajo le fue otorgado en 1970 por haber participado en un concurso. Tenía tan solo siete años y ése fue el inicio de una serie de acontecimientos afortunados en su vida como pintora. Cuando tenía cerca de 13 años fue al Jardín del Arte y las mujeres de faldas largas, “medio ‘hippientas’”, la impresionaron. Quería ser como una de ellas. Sin embargo, la libertad que su madre les daba a los hijos para hacer lo que quisieran en la vida, contrastaba con la exigencia y formalidad de su padre. “Recuerdo mucho que una vez me dijo que si quería ser pintora, no me quería ver en Coyoacán –sin menospreciar a toda esa gente; cada quién tiene su por qué-, yo tenía que estar en un museo. Con él no había medias tintas: o era pintora o no lo era”.

Entonces los objetivos tenían que cambiar y la postura debería estar bien definida: mientras que sus amigas y gente de su generación se

preocupaban por acudir a las fiestas y “peinarse a la Farah Fawcett, como se usaba en aquel tiempo”, ella seguía alimentando su espíritu de pintora.

A todo ello se sumó el consejo de Benito Zamora –“el mismo que me enseñó a hacer marialuisas”-: “Pintar no se trata de un pasatiempo o un juego, sino que es un compromiso”.

Lo demás es historia: que si fue parte de los Jóvenes Valores de Jalisco en 1983; que si el gobierno del Estado le entregó la Paleta de Oro; que si sus cuadros se venden por montones en el mundo entero; que si su trabajo es tan misterioso que lo mismo atrae tanto a personas que no tienen la menor idea sobre arte como a figuras de renombre en todo ámbito...

Ana Luisa se mantiene escéptica y todo ello no ha cambiado un ápice su personalidad.

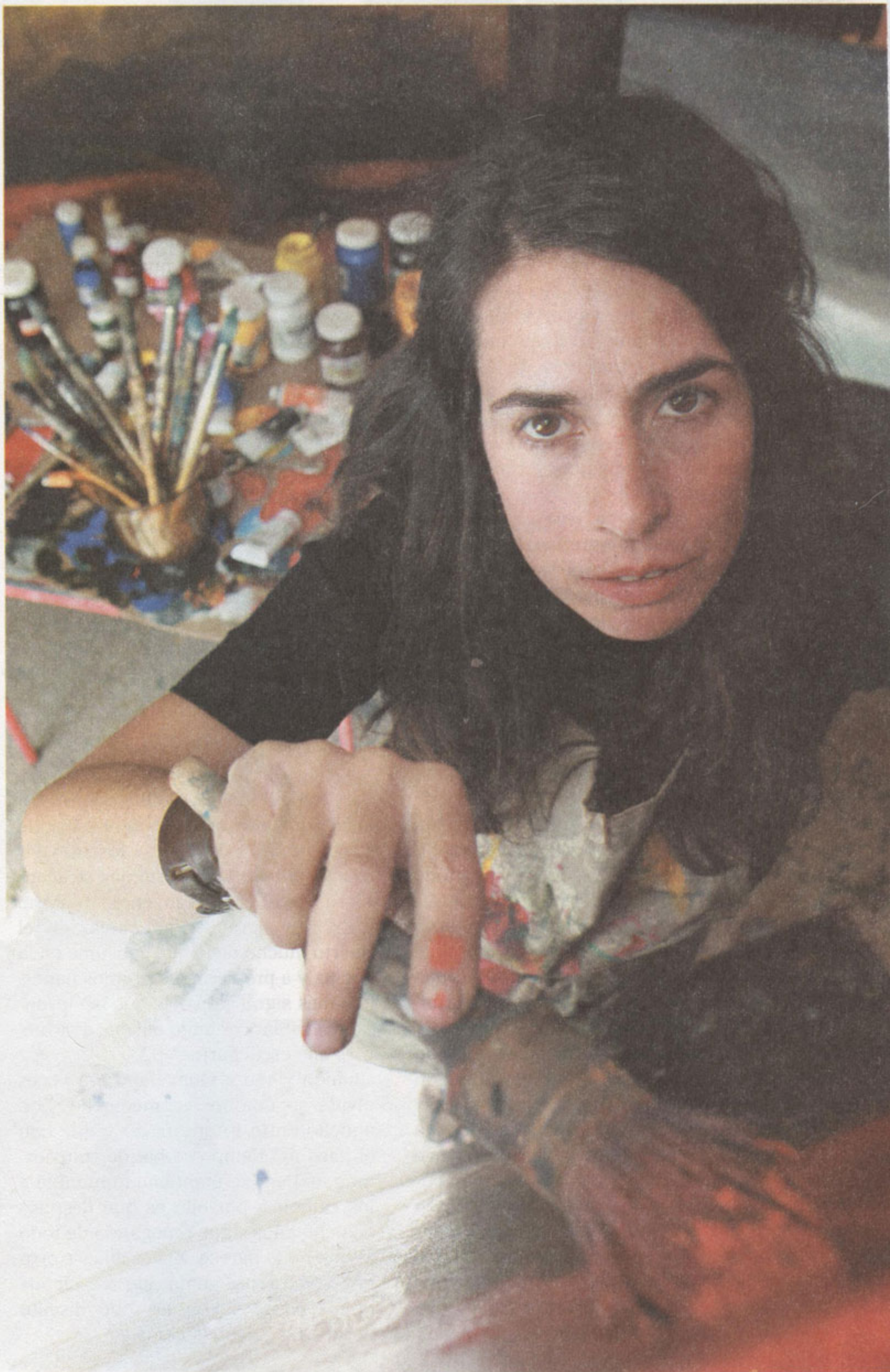
La fría Noruega y la calidez de un amor

Conoció a Freddy Ruud, su actual marido, hace 20 años, “en una escapada que me di”. Pero en ese tiempo, Ana Luisa mantenía “un amor muy fuerte aquí en México que por cuestiones del destino no continuó”. Entre el trabajo y un pretexto para olvidar, estuvo en Europa y “por allá de nueva cuenta salió Freddy”.

La primera vez que se vieron “él se enamoró de mí”, confiesa con modestia y una gran sonrisa. “Es un tipazo, es un tipo bueno como él solo. Es mi ángel”, continúa. La historia de amor entre la tapatía y el escandinavo es curiosa: “Para él, yo soy el amor de su vida. Me esperó durante 15 años a que le diera el sí”.

Ana Luisa seguía con su pareja de turno, a la que prefiere llamar en esta entrevista “el mexicano”. Tiempo atrás, había estado en Europa para una exposición y conoció a Ruud; sin embargo, regresó a Guadalajara y después “él vino a rogarme”, ríe. “Cuando llegó, lo mandé a la fregada y me quedé con ‘el mexicano’”. No volvió a saber de él hasta que fue a Hamburgo para exponer, ya que las cosas con “el otro” habían terminado. “Tenía 10 años sin ver a Freddy y cuando llegué, me robó”. En menos de tres meses, estuvo convencida de que Noruega, al lado de Freddy, era el sitio donde debía estar.

“Mi alma está desesperada por pintar los paisajes y las soledades que vivo; no me interesa quedar bien con nadie”.



La enamorada tapatía gitana que se volvió escandinava

Andaba por los siete años cuando pintó un cuadro que conserva: un paisaje frío con praderas y árboles. "Tengo una conexión con Noruega desde hace mucho tiempo, por eso rescaté ese cuadro, pero jamás pensé que terminaría viviendo allá".

El inicio no fue sencillo: "Fue difícil acoplarme porque yo venía de la ciudad, y vivir en la ciudad siempre te ofrece el contacto con la gente y con todas esas cosas. Yo era cosmopolita ciento por ciento cuando estaba en Guadalajara", afirma.

Sin embargo, en Noruega las cosas no fueron así. Lleva ya cerca de 10 años viviendo en una finca en medio del bosque, a casi una hora de la capital. Freddy, su marido, se dedica al cultivo de árboles navideños y no tienen hijos. O sea, que son poco gregarios y su vida se basa en el trabajo y en procurarse afecto mutuamente.

"Ahí es donde yo vivo", presume al mostrar unas fotografías. En éstas, se alcanza a ver una casa de madera situada justamente en medio del bosque y a los alrededores no hay más construcciones ni gente, pero sí árboles, ríos, fiordos, montañas y aire puro.

Ahora tengo la oportunidad de pertenecer a los dos mundos (Guadalajara y Noruega), aunque sea difícil por el hecho de que las culturas son bastante disímiles".

Ana Luisa llegó a Noruega un noviembre, en medio del crudo invierno. "El sol se metía a las dos de la tarde y todo era menos 21 grados; era un frío que me carcomía los huesos", se estremece al recordar. Hasta después de siete años —como ella cuenta— es que el cuerpo apenas empieza a acostumbrarse a esas temperaturas.

A la semana de que llegó, su marido se la llevó a vender árboles subida en un tráiler durante un mes por Oslo. Así transcurrió el primer mes de Ana Luisa. "El primer periodicozo que tuve por allá fue algo así como 'Una mexicana vendiendo árboles navideños en Noruega'". Pero esa mexicana vendedora de árboles pronto daría de qué hablar en toda Escandinavia.

Gracias a esta noticia, Ana Luisa hizo contacto con otras mexicanas que también viven por aquellos helados rumbos.

"La hija del pintor Ricardo Martínez, Ana Santander y otras personas del medio del arte". Todos le preguntaban por qué no vivía en la capital.

Dice que le hacía falta la gente, el bullicio, el no silencio. "Algo tenía que hacer y desde el principio me puse a pintar". Fue como una prueba; si funcionaba como pintora allá, no habría ningún problema.

Noruega la ha hecho un poco azul, explica refiriéndose a los colores que predominan en su obra actualmente. "No porque yo quiera, sino porque ¿qué otra cosa podría pasar teniendo como escenario los colores del bosque, los fiordos y los ríos que están afuera de mi casa?", se pregunta convulsa, apoyando sus expresiones gestuales con las manos.

En realidad no es que su pintura haya tenido un cambio radical a partir de Noruega. "Más bien me cambió la vida y si cambio yo, mi pintura cambia". Los rojos y otros colores, se los lleva de aquí, "cuando voy a Santa Teresita o cuando como pitayas", ríe. Y al mismo tiempo, Ana Luisa se reconoce como una persona solitaria por naturaleza.

En la capital jalisciense, dice, sucede que es más importante ser amigo "de", o llevarse "con", para lograr ser parte "de".

La soledad me ha hecho crecer y a la vez me provoca una sensación de temor propio". De alguna forma, vivir casi en el Polo Norte hizo que se acentuara más este rasgo en la pintora. Tuvo que aprender a cultivar en el huerto mucho de lo que consume en la cocina y a preparar sus propios panes. "Lo más significativo es que he aprendido a hablar conmigo misma; a oírme, más que escucharme".

Cuando viene a Guadalajara, a veces olvida su nombre en medio de todo aquello entre lo que nació y que con el paso del tiempo se ha ido transformando. Pero se mantiene inmutable a los cambios, por ello es que después de ocho años sigue renegando de todo lo que no le parece. Así es ella. "Corro tanto, veo tanta gente que me platica tantas cosas y con las que discuto porque no cuidan la ciudad".

Guadalajara y sus pintores

Estando en Guadalajara abrió los ojos. "Yo nunca dejé de pintar para mi gente; sin embargo, no entré en una línea o corriente de artistas locales. Ha habido muchos movimientos en la ciudad, desde Miguel Aldana hasta Patrick Charpanel, pero nunca me interesó insertarme dentro de alguna vertiente artística porque yo me considero un poco rústica, porque me gusta el pincel, me gusta el bastidor, me gusta el olor a óleo...", cuenta Ana Luisa.

En la capital jalisciense, dice, sucede que es más importante ser amigo "de", o llevarse "con", para lograr ser parte "de". "Son cinco los nombres de artistas tapatíos los que en verdad pesan. Con los medios económicos pueden manipular el arte en la ciudad".

No cree que el arte sea una moda y está en contra de esta postura. En la actualidad, el medio pictórico en Guadalajara atraviesa por una etapa en la que las tendencias se vuelven repetitivas —y hasta clónicas— y los artistas promocionan su trabajo como si fuese algo completamente innovador, dice Ana Luisa. "Pero no se puede olvidar que Toledo es Toledo, Tamayo es Tamayo y que todos, en 2008, somos una copia de alguna u otra manera de los grandes. Con los años te das cuenta de que si no eres sincero con el alma, nada es posible".

Es por eso que Ana Luisa sentiría que se miente a sí misma si realizara todo aquello que los demás hacen. "Se necesita ser honesto con uno mismo para vivir la vida. No puedes aparentar ser un punk cuando realmente no lo eres. No funciona que te diga que voy a hacer una línea o algo que esté de moda, cuando mi alma está desesperada por pintar los paisajes y las soledades que vivo".

Sin misterio no hay nada. Ese mismo misterio que hace los cuadros de Ana Luisa se vendan al por mayor no sólo en Noruega, sino a donde vaya. Y es que la pintora es consciente de que, aparte de alimentar el alma, los cuadros son ornamentales, pero debe existir esa conexión con el comprador que ella llama misterio.

Incluso, afirma que "al final todos acaban decorando algún espacio; ni modo que los tengas debajo de la cama. Cuando compras una pieza de arte, te

tiene que gustar. Pero aparte de gustarte, te tiene que decir algo".

El problema, como cuenta Rébora, es que en muchas ocasiones los artistas plásticos de Guadalajara terminan llevando a cabo lo que los demás quieren que hagan. "Hay modas y en el arte no se valen las modas. Se pierde la sinceridad".

Trabajo y futuro

Ana Luisa se acaba un pincel en seis meses aproximadamente. Tanta es la dedicación y fervor hacia el trabajo, pero ni ella misma sabe en qué es en lo que terminará su obra. "El lienzo puede ser para mí como un diario. A él le cuento mis temores, soledades y mi vida entera. La gente que me conoce a veces trata de descifrar qué me pasa cuando ve los cuadros en los que trabajo".

"Sí, para qué digo que no. La mujer que aparece en mis cuadros tiene mucho de mí. Soy yo a través de ella". Sustos, alegrías, temores, tristezas, emociones, curiosidad y hasta entrevistas es lo que ella le da a Ana Luisa.

El no haber sido madre, continúa, ha ayudado en su labor como pintora, pues como ella misma explica, nunca ha tenido que preocuparse por cambiar pañales o preparar niños para que se vayan a la escuela.

"Aunque también es complicado, porque estoy consciente de que la soledad será mayor cuando sea vieja. Ahora lo es. Mi única familia es mi marido, mis padres y mis hermanos. De viejita seguiré con mis pinceles, quizás jorobada, pero haciendo lo que me gusta".

Son más de 15 las exposiciones en toda Europa que Ana Luisa ha montado desde que se mudó a Noruega y ha sido tanta la aceptación de los escandinavos hacia el trabajo de la tapatía, que de todo lo que ha pintado, no tiene una sola pieza consigo. "Puedo exagerar, pero de los cuatro millones de personas que viven en Noruega, me atrevo a asegurar que casi el 1% de la población tiene o conoce a alguien con una obra mía". Ana Luisa ya tiene programadas exposiciones en su agenda hasta

La mujer frente a la espejo

"Veo a una mujer que ha caminado. He aprendido a no decir mentiras, a no exagerar y a no creérmela. Soy acuariana y no sé si eso tenga que ver un poco por lo menos; soy un poco volátil. No me cae el 20 en ocasiones. Me gusta ser muy honesta".



2009. "¿Qué otra cosa puedo hacer si no pintar? Soy una persona que trabaja y ésta es mi forma de vida".

